

Poichè ripresa avea l' alma digiuna
L' antica gravità di polpe e d' ossa,
La gran sentenza su la fronte bruna
In riga apparve trasparente e rossa.

A quella vista di terror percossa
Va la gente perduta; altri s' aduna
Dietro le piante che Cocito ingrossa,
Altri si fuffa nella rea laguna.

Vergognoso egli pur del suo delitto
Fuggia quel crudo, e stretta la mascella,
Forte graffiava con la man lo scritto.

Ma più terso il rendea l' anima fella.
Dio fra le tempie gliel avea confitto,
Nè sillaba di Dio mai si cancella.

IV.

Uno strepito intanto si sentia,
Che Dite introna in suon profundo e rotto;
Era Gesù, che in suo poder condotto
D' Averno i regni a debellar venia.

Il bieco peccator per quella via
Lo scontrò, lo guatò senza far motto:
Pianse al fine, e da' cavi occhi dirotto
Come lava di foco il pianto uscia.

Folgoreggiò sul nero corpo osceno
L' eterea luce, e d' infernal rugiada
Fumarono le membra in quel baleno.

Fra il fumo allor la rubiconda spada
Interpose Giustizia: e il Nazareno
Vorse lo sguardo, e seguì la strada.

DEL PETRARCA.

Io amai sempre ed amo forte ancora,
E son per amar più di giorno in giorno
Quel dolce loco, ove piangendo torno
Spesse fiate quando amor m' accora;

E son fermo d' amare il tempo e l' ora
Ch' ogni vil cura mi levar' d' intorno:
E più colei, lo di cui viso adorno
Di ben far co' suoi esempi m' innamora.

Ma chi pensò veder mai tutti insieme
Per assalirmi il cor or quindi or quinci
Questi dolci nemici ch' i' tant' amo?

Amor, con quanto sforzo oggi mi vinci!
E, se non ch' al desio cresce la speme,
I' cadrei morto ove p'ù viver bramo.

Al recobrar el alma condenada
El cuerpo en que habitára antiguamente,
De sangre en caracteres señalada
Su sentencia inmortal brotó á su frente.

A semejante vista huyó espantada
Del vil apóstol la precita gente,
Y del Infierno le dejó á la entrada
Del odio universal blanco viviente.¹

Pugnaba el miserable avergonzado
La marca por borrar de su delito,
Y arañaba su frente despechado

Sin lograr de su tez borrar lo escrito:
Que con sangre de Dios fué allí marcado
Y el rastro de su sangre es infinito.

IV.

En esto un grande estruendo se sentia
Por la infernal mansion jamás oido.
Era Jesus, que en gloria conducido
A hollar los reinos de Luzbel venia.

Se halló en la senda que Jesus traía
Judas; callado le miró y corrido:
Lloró al fin, mas el párpado oprimido,
Lava ardiente, no lágrimas vertía.

Sobre el semblante del traidor, de lleno
Reverberó su resplandor divino,
Y humo impuro brotó su inmundo seno.

Justicia entonces al tremendo sino
Infernal le lanzó: y el Nazareno
Tornó la faz, y prosiguió el camino.

DEL PETRARCA.

Siempre amé y amo aún y desde ahora
Amar espero más de dia en dia
Aquel dulce lugar donde me guia
El triste amor que mi ánima atesora:

Y en amar estoy siempre el tiempo y hora
En que olvidé cuanto cuidado habia
Terrenal, y amaré más todavía
Aquella cuya imágen me enamora.

Mas ¿quién pudiera haber jamás creído
Que el tiempo en amarguras me volviera
Memorias á quien yo tanto he querido?

¡Oh amor, cómo has rendido mi alma fieral!
¡A no estar de esperanzas mantenido,
Dó anhelo más vivir muerto cayera!

UN CUENTO DE AMORES.

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria
Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es así: pues del cerro
En la contrapuesta falda,
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético,
Aunque no está en ningun mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas;
Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sauces
Que en los arroyos se bañan,
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles

De sus roidas portadas
Conserva, aunque ya borrados,
Sus nobles escudos de armas:
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,
Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas
Que ocuparon algun dia
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algun dia reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un arpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viajero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.

Y aunque de feudal grandeza
 No escita memorias altas,
 Ni bien del decimo-sétimo
 Siglo la noble arrogancia
 Casi recuerda, los ojos
 Aun con placer lo repasan.
 Aun del pintor y el poeta
 En las pensadoras almas
 Brutas ideas escita
 Que deleitan si no encantan.
 Aun queda un vago misterio
 Entre sus viejas murallas
 Que anima dulces memorias
 De edades mejor pasadas ;
 Y aun puede dar este valle
 Y este abandonado alcázar
 Risueño paisaje á un lienzo
 Y á un libro leyenda grata.
 Yo, pues, que aunque escaso en númen
 Y pobre asaz en palabras,
 Gusto de añejas historias
 Y hallo placer en contarlas,
 Por los puntos de mi pluma
 A estender sobre estas páginas
 Voy una historia de amores :
 Que si á escribirla alcanzara
 Como yo me la imagino
 Bien valiera el escucharla.
 Es una historia sencilla,
 De la centuria pasada,
 Del tiempo de Don Felipe
 De Borbon, quinto en España.
 Cuadro tranquilo y risueño
 Que á pedazos se engalana
 Con flores que en el paisaje
 La poesia derrama.
 Historia que no anhelando
 Volar por regiones altas,
 De la rastrera paloma
 Se contenta con las alas :
 Y no aspirando á elevarse
 Con el soplo de la fama
 Se dará por muy servida
 Si, en un libro encuadernada,
 Sirve tal vez del invierno
 En noche aterida y larga
 Para entretener un punto
 A alguna doncella cándida,
 O algun hastiado viejo,
 O tal vez, si es que á ser tanta
 Alcanzase mi fortuna,
 A alguna elegante dama.
 Que con su lectura olvide
 De algun galan la tardanza

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
 Y entre cárdenos celajes
 Y nubes de oro y de púrpura
 Amagando ya ocultarse,
 Vertía en rayos oblicuos
 La tibia luz de la tarde
 Por los cerros que aprisionan
 De Villaldemiro el valle.
 La sombra del montecillo
 A cuyo pié el pueblo yace,
 Se iba haciendo, aunque no aprieta,
 Cada momento mas grande.
 Y ya del astro del dia
 Los postrimeros raudales
 De luz, doraban apenas
 Las puntas de algunos árboles,
 Desde cuyo alto y espeso
 Y ameno y fresco follage,
 Le despedían con trinos
 Y con gorgoros las aves.
 El aura que mansamente
 Oreaba sus ramages,
 Mecía las verdes hojas
 Con armonía agradable.
 Del pastor que recogía
 Su ganado, encaminándose
 A su aprisco, se escuchaban
 A lo lejos los cantares ;
 Y el cencerro de los mansos
 Con su són ronco y salvaje ;
 El ladrido de los perros
 De los rebaños guardianes ;
 La voz de los labradores
 que tornan de sus afanes
 Platicando, ó con sus voces
 Alarmando sus hogares,
 Y avisando á sus hijuelos,
 Que al confin del pueblo salen ;
 El són de los esquilonos
 Que á las oraciones tañen,
 Con el agudo repique
 Que lento propaga el aire ;
 El humo que en él se pierde
 Escapando en espirales
 Por los huecos que en las chozas
 Vez de chimeneas hacen,
 Cuyos vapores azules,
 Con el sol transparentándose,
 Formas fantásticas toman
 Cuando en su luz se deshacen ;
 Y el color cárdeno y rosa
 Que de ocaso derramándose
 Al empezar el crepúsculo
 Refleja por todas partes

De la tierra que abandona,
 A este campestre paisaje
 Dan armonía tranquila
 Y tono halagüeño y suave.
 Sumióse completamente
 El sol, y el fanal errante
 De la luna en su creciente
 Fué poco á poco animándose
 Y el aun incompleto círculo
 De su misteriosa imágen
 Se reflejó poco á poco
 En las aguas del estanque.
 Se alzó la nocturna brisa,
 Y el aura purificándose,
 Con su soplo hizo á las flores
 Abrir un punto los cálices.
 Brotó su escondido aroma,
 Y en el aura derramándose,
 Con campesino perfume
 Llenó el pintoresco valle.
 De esta manera, una noche
 Del mes de mayo empezándose,
 Y la cual es el principio
 De la accion de mi romance,
 Por el estrecho sendero
 Que del palacio delante
 Pasa, y cruzando el sotillo
 De melancólicos sauces
 Que le cerca, baja á espacio
 Forastero caminante,
 Ginete en un potro negro
 Y hácia el lugar acercándose.
 A la puerta del palacio
 Que sobre la senda cae,
 Una muger en silencio
 Le contempla aproximarse.
 Bajó el viajero la cuesta
 Y el bruto, en lo llano hallándose,
 Alzó relinchando el trote
 Mostrando su noble sangre,
 Y entró por bajo los olmos
 Con tan poderoso arranque,
 Que el prudente caballero
 Tuvo al fin que refrenarle.
 Llegó en esto del palacio
 Ante la puerta, y mirándose
 Frente á la muger, que en ella
 Seguía inmóvil mirándole,
 Le dijo en tono cortés
 Ligeramente inclinándose :
 « ¿ Podeis hacerme merced,
 Buena muger, de indicarme
 Alguna casa en que quieran
 Por esta noche hospedarme ? »
 La muger que continuaba
 A sombra de los umbrales
 Casi oculta, y sus facciones
 Sin que percibir dejase,

Le respondió, con atenta
 Voz : « No será eso muy fácil,
 Señor caballero : el pueblo
 No tiene para hospedage
 Posada alguna, no siendo
 Jornada á ninguna parte.
 « Flor » dijo adentro una voz ;
 Y ella dijo : « Aquí estoy, padre.
 — ¿ Quién es ? preguntó el de adentro.
 — Un forastero.

— ¿ Qué trae ?

— Mucha fatiga, y un poco
 De plata que acaso alcance
 Para pagar de esta noche,
 Si le encuentra, el hospedage. »
 Esto dijo el caballero
 Sobre las crines echándose
 De su caballo al de adentro
 Dirigiéndose y no en balde :
 Pues á los pocos momentos,
 Con un candil alumbrándose,
 Salió al umbral de la puerta
 Un anciano venerable
 Que le dijo, de hito en hito
 Sin dejar de examinarle :
 « Caballero, pues por tal
 Os dá vuestro porte y traje ;
 Aquí no hay posada alguna
 Dó os admitan ; mas si os place
 Recuperar vuestras fuerzas
 Para seguir vuestro viaje
 En esta mansion humilde,
 De cuanto en ella se hallare
 Sirviéndoos, echad pié á tierra
 Y entrad : mas dejando aparte
 El dinero, que con gro
 No se pagan voluntades.
 — Quien quier que seais, anciano,
 El cielo la vuestra os pague ;
 Que es generoso y la aprecio
 En todo cuanto ella vale. »
 Y así diciendo el viajero
 De su caballo apeándose,
 Entró en la casa, el anciano
 Hácia las cuadras guiándole.
 Mostróle un pesebre y heno
 Con que poder establecerle,
 Colgó el candil en un clavo,
 Y al forastero acercándose,
 A desensillar el potro
 Comenzó attento á ayudarle ;
 Mas no era el recién llegado
 Estraño á quehaceres tales,
 Pues lo hizo tan fácilmente
 Y en tan rápidos instantes
 Que hizo que cortés el viejo
 Su destreza celebrase.
 Agradeciésele el mozo,

Mas sin dejar de ocuparse
Del potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le echó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su noble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Carinosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo: « Cuando gustareis. »
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto: « ¡Quietos, Brillantes! »
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Después que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta,
A través de cuyos quicios
Se veía luz; y abriéndola
Ante el mozo: « Entrad, » le dijo
Haciéndole reverencia. —
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubria,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan, que aun humea.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillón de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillón,
Que el viejo se siente espera.
Mas este hacía el caminante

La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oración secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un jayán con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personajes
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientras ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su exterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropajes
Su noble persona envuelta,
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta;
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque,

Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuidan dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se trasparenta
El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea,
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personajes
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

El Viejo. ¿Con que solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

El Forastero. Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra,
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

El Viejo. Pesares ó fantasías
Veo ¡oh joven! que os aquejan,

Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enajena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta:
Y hay ideas que los mozos
En su corazón engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas peñas.

El For. Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la experiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma, de pasión ajena,
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.

El Viejo. Antes de que la empeceis,
Tomad, caballero, en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conocéis apenas.

El For. No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza. —
Hacia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

El Viejo. No á fé: mas tal vez...
El For. Señor:
Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,

No hay verdad sobre la tierra. —

Hablaré, por mil razones :
Por ver lo que me aconseja
La vuestra ; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.

El Viejo. Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.

Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse :
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas ;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo : « Os escucho, » y el otro
Empezó de esta manera :

El For. Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio :
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven : si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y adonde gloriosamente
El rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas tareas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve : estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera
Do quiera en aquel país

Halla sazón de contienda.

Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega.
Recibieronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo ; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa :

Mis estudios y mis viajes
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mi vertian
Dichas y venturas : y era
Del rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso ;
Mas aunque con sangre régia
Emparentar siempre es honor
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afañes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En ménos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una muger
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa,
Partir mi amor respetuosos,
Mi favor y mi opulencia,
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio trajera.
Vi, pues, que iba hacerme esclavo
En vez de esposo : con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en colera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuéese

Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la esclencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas,
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afan víctima necia,
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia ;
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
Y la razon tal demencia.

Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Muger que doble mis rentas ;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya :
Muger virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda ;
Muger quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero ; y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera,
Si tal no la hallo, la vida
Así en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

El Viejo. Por Dios que os honran,
[mancebo,

Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.

Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan raras.

El For. Dejad, buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sambrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.

El Viejo. No os lo abonaré yo nunca,
Mas se pre con indulgencia
Veré á quien su honor sienta
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

El For. Quédese aquí.
El Viejo. Aquí se quede ;
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
Al confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
Mi historia.

El For. Jamás huiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta ;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.
El Viejo. Os comprendo : habeis notado
Que hay en mí cierta estrañez,
Que con mi sér de labriego
Casa mal y se despega :
Y acaso me he yais teido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena.
Mas no : mi historia es sencilla
Y de asombros tan ajena,
Que os parecerá monótona ;
Mas donde os canse se deja.

Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta ;
Brillando la calma en este
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III.

INSOMNIO.

I.

« Nació en hidalgía familia,
Mas no de tan noble origen
Que deba hoy llorar el verme
En condición tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos países
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡ Qué noche! á un mastil asíme,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba
Con estuos increíbles.
Recogíome una fragata
De ingleses, y que averirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.
Conocí allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo miran los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y uníame
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ello fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que visteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpúreos matices
Teñían las verdes puntas
De las palmeras flexibles.

Nació en un día de abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide
Flor-de-Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite:
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplía los cinco abriles.
Sin ella aquel paraíso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto inhóspito.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
« Vé en paz, y que Dios te guíe »
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la corte establecíme.
Mas vido que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrían
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor creía
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrenos, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo
Y en soledad apacible,
Habría con Flor-del-Alba
Las estancias que permite

Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros:
Y ahora, buen joven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acaso el cansancio os rinde.»
Y así diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del joven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veía
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitía;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Solieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el joven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado;
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansión que su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cuyas maderas
Se filtraban aún en gotas frías
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazón por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El joven, sin embargo,
Con precavido examen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pié pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos: — todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellón y lienzo hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscas sitaliales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atención, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado traje
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan continuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el día
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesía,
Revestidas de formas celestiales
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio

Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero ;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que le acuerda amorosa y vagamente
La encantadora imagen apacible
De otro viviente sér visto primero.
Y esta imagen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régió buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago, es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento ;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa muger con qu'en despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño dél en alejar empeña ;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha :
Es *Flor-del-Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su edad, flor en pureza.
Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite : ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.
así como un recuerdo vagaroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, taidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

MÚSICA.

Apénas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan

Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viajero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias ;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquillo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora
Grata y acordada música ;
Y del mancebo llegando
Al oido en lid oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del in-omnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imagen radiante y pura
De *Flor-del-Alba*, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la trasparente imagen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado descende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura :
Ya al amoroso fantasma
Ve que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le orea, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel ;
El sér terrenal se ofusca
Tras de su cética esencia :
De tornasoladas plumas

Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Fomando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un arpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga ;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpian
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es : los lentos párpados
Abre al fin ; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras ;
Y aun mal despierto — ; Quién va ? —
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde : al reflejo
De la lamparilla mustia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas tod' vía del sueño
Piensa que el sopor le abruma ;
Pues dél recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De *Flor-del-Alba* y del ángel
Al recordar la hermosa
El són del arpa recuerda ;
Y cree que se perpetúa
El ensueño, pues de un arpa
Oye el acorde, no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el són de un arpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave canta do
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraído,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Acomóse poco á poco
Por sí á quien canta columbra.

Mas en vano : desde el cénit
Con pálida luz la luna
Platea un huerto en que reinan
El abandono y la incuria.
Su tierra fértil un día
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se ve, que el dueño enuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su origen fué patio,
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños
Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No poseores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre lontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El origen, hay abierta
Otra ventana ; mas cuya
Interior habitacion
A su avara vista hurtan
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora :
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brotó aquella voz suavísima :
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la trasparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársela la hizo única,
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruisñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan
Los ecos que les remedan
En las escondidas gutas,

Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaría,
Si se oyera
Toda entera,
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa ;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica canción.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles,
Los martirios
Insufribles
De un amante corazón.

Blando són
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcón :

Y ántes que suene en su oído,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazón

Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía :
Y aunque ciego
No comprende
La razón ;
Siente luego

Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oír la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico són le envía
Del arpa y de la canción.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcón,
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frío
Propio aún de la estación.

Escuchaba él y seguía
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecución ;
Y cuanto más escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creía engañado
Por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una gaita villana
No se podía lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador :
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al són silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina
Que vibra, gocea y trina
Con limpieza sin igual ;
Canto profundo, inspirado
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna

Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusión ;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresión :
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevisión

Abrió el balcón entornado :
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambición :
Porque notando sin duda
Su presencia impertinente,
Cesó repentinamente
La misteriosa canción.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó :
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron halagüeñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo conocido,
Que á llamarle venía.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano :
Plática tal los dos entreteniendo.

El Viejo. Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho ;
Mas en fin, ¿ cómo en él habeis dormido ?
El For. La dulce paz y hospitalario techo,
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido.

El Viejo. Perdonad que en estancia seme-
[jante,
De la parte que habito tan distante
Os haya así alojado ;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

El For. Mucho tiempo hace ya, y os lo
[aseguro

Que noche no gocé tan deliciosa :
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

El Viejo. Sin que ese caso y precisión vi-
[niere

Yo os le ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado

El For. No plazca á Dios, que por antojo
[mio

Molestia os ocasione :
Yo os lo agradezco, pero parto.

El Viejo. Fio

Que es á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvidéis que aquí siempre tenéis uno.

El For. Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

El Viejo. ¡ Si, á fé ! Mas el almuerzo pre-
[parado

Nos aguarda.

El For. Y Brillante impacientado
También el suyo aguardará.

El Viejo. Servida

Le fué ya su ración.

El For.

¡ Tanto cuidado ! [¡ Ea

El Viejo. Obligación no mas de huésped
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo :
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarín vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

DESPEDIDA.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,